

Sobre el estudio de la cultura por parte de la historia: notas para una breve reflexión historiográfica

MIGUEL MENÉNDEZ MÉNDEZ¹

Resumen: *Proponemos en este trabajo una visión algo diferente del modelo historiográfico más utilizado en el estudio de la cultura y las mentalidades colectivas. Basamos nuestra visión en el estudio antropológico combinado con los métodos tradicionalmente históricos (archivo y fuente escrita), considerando un sistema cultural con multitud de actores de influencia, un sustrato heredado (material y mental) y con las mentalidades como raíz de todo sistema sociocultural. Aspiramos así a un estudio total por encima de especializaciones.*

Abstract: *In this work, we propose a different view of the historiographical model most used in the study of culture and collective mentalities. We based our insight into the anthropological study of traditional methods combined with historical (source file and writing), given a cultural system with multiple actors of influence, a legacy substrate (material and mental) and attitudes as the root of all cultural system. And aspire to a total study above specializations, since we consider society as the highest expression of the whole cultural system.*

Tradicionalmente, pese a reconocérsele sus fronteras comunes, el estudio de las mentalidades colectivas de las sociedades humanas del pasado ha venido

¹ Licenciado en Historia. Máster en métodos y técnicas avanzadas de investigación histórica, artística y geográfica, especialidad Historia Moderna. Doctorando en Historia Moderna.

separándose, muchas veces de forma disimulada y otras de modo más explícito, de la historia de la cultura. No en vano manuales y obras historiográficas de referencia muy conocidas y utilizadas en la universidad española, bien mediante la separación de categorías propias (Martínez-Shaw, 2002: 267-280; Moradiellos, 2005: 62-64) o en ocasiones aludiendo un cierto carácter reduccionista que supedita a las mentalidades a un área de interés basta y heterogénea, sin “categoría”² propia (Revel, 2005: 470) o a una forma particularizada de historia social (Hernández, 2004: 302); sin embargo, pocos han sido los intentos de una fusión entre los tres elementos de la ecuación que aquí se plantea: cultura, sociedad y mentalidades. Las aportaciones más notables quizá las tengamos en el pensamiento de revisión historiográfica desarrollado por la Red Historia a Debate³, cuyo discurso ha resultado extremadamente valiente con su clara intención de abrir las puertas a nuevas maneras de hacer y entender la historia (Barros, 2010: 9-57).

Sin embargo, la cuestión fundamental que se plantea aquí no es la necesidad o no de dar a la historia de las mentalidades una dimensión historiográfica propia, ya que de hecho consideramos que ya la tiene y hay una larga tradición historiográfica al respecto, por muy debatibles (como es lógico) que sean sus postulados, sus métodos y sus resultados. En este trabajo lo que pretendemos es exponer un nuevo modelo explicativo para lo cultural, que ocupe el centro del discurso histórico, ya que pese a las amplias acepciones que se le ha dado al término, debe primar ante todo el antropológico: es decir, “el conjunto aprendido de tradiciones y estilos de vida, socialmente adquiridos, de los

² El entrecomillado es nuestro.

³ www.h-debate.com

miembros de una sociedad, incluyendo sus modos pautados y repetitivos de pensar, sentir y actuar (es decir, su conducta)” (Harris, 2005: 19-20); una vez establecido la conceptualización básica, reflexionemos sobre esta manera de entender la cultura frente a la mantenida por la historia cultural.

Refiriéndonos en primer lugar a Harris (*vid. supra*), su definición pone sobre la mesa de debate varios aspectos controvertidos para la historiografía reciente de la cultura: enlaza claramente un aspecto social, uno mental y uno cultural intrínsecos a la propia noción de cultura, como estructura social y mental colectiva *per se*, lo que nos puede llevar a considerarlo un sistema mucho más complejo y extremadamente resistente a especializaciones que no tengan en cuenta un conjunto de factores mucho más diversos de los habituales en el análisis que se suele realizar desde la historia; el otro gran bloque de atención de la exposición del antropólogo es sin duda la consideración que hace de cultura como *construcción*, esto es, como sistema aprendido, y su aseveración que el sistema cultural comprende tradiciones, estilos de vida y modos pautados y repetitivos de pensar, sentir y actuar. Esto es, la cultura *son* las mentalidades, y éstas construyen la sociedad, que a su vez instruye a los individuos en lo colectivo cuyas pervivencias se heredarán cuando cambie el sistema. Esta noción de *feedback* es fundamental.

Pasemos ahora a la cuestión historiográfica; sin pretender realizar un estado de la cuestión exhaustivo, podemos afirmar que la cuestión de la cultura y las mentalidades desde una perspectiva histórica ha recorrido un círculo, al menos en lo que respecta a España; en otros lugares, como Francia o la esfera anglosajona la producción ha sido algo más uniforme, y es posible trazar una

línea clara de evolución que parte de las primeras aproximaciones a lo mental hechas por Bloch y Febvre en el seno de los primeros *Annales* al auge de mediados del siglo XX, hasta el decaimiento en los años 80 y el surgimiento de una “historia cultural” basada en el lenguaje y la sociología como elementos fundamentales de la explicación histórica (Ríos, 2009: 98 y ss.): se ha pasado por tanto de lo puramente mental, praxis ampliamente extendida por distinguidos historiadores como Duby, LeGoff o Vovelle; éstos ya acudieron a la antropología para sus trabajos sobre el imaginario feudal⁴, las relaciones entre tiempo, trabajo y ocio o la actitud ante la muerte a una visión que se pretende enfocada a la cultura como fenómeno global, con especial hincapié en lo arriba señalado. No obstante, los resultados actuales son muy diversos. En primer lugar, no se ha llevado a la práctica de un modo total la cuestión social. La historia cultural nacida en los años 90 de la crisis de las mentalidades “combina posestructuralismo, lingüística, antropología y posmodernidad” (Ríos, 2009: 120); sin embargo, preferimos acercarnos a los postulados de Chartier cuando afirma la necesidad de “considerar que no hay práctica ni estructura que no sea producida por las representaciones, contradictorias y enfrentadas, por las cuales los individuos y los grupos dan sentido al mundo que les es propio” (1992: 49). De este modo, los grupos sociales son eminentemente culturales y se guían por lo mental, por lo colectivo y por lo imaginado a la hora de referirse a la imagen de

⁴ A modo de precisión, señalar que el propio Duby estudió la cuestión imaginaria del feudalismo desde la óptica de las ideologías más que de las mentalidades, influido por las diserciones que ya en aquel momento la palabra mentalidad entró en crisis ante precisiones epistemológicas como las de Vovelle, que afirmaba que éste término era teórico mientras que su concepción de “imaginario colectivo” era puramente empírico. Esto es, la mentalidad podría asociarse a la ideología, teórica, mientras que el segundo concepto responde a lo que las personas *hacen* y *dicen*, de forma voluntaria y aprendida. *Cfr.* Ríos, 2009: 104.

l'autre, por lo que lo social equivale a lo cultural y mediante esta praxis a lo mental.

Retomando el tema tras estas acotaciones, debemos señalar que las aportaciones de la lingüística y la posmodernidad, aún pecando de un excesivo deconstructivismo, ha servido para poner de relieve muchas carencias historiográficas. En nuestro país, el debate ha pasado más o menos desapercibido, aunque no hemos quedado exentos de ciertas controversias durante los años 90, con los intentos de recuperar una historia de las mentalidades que recoja lo social (Barros, 1993, 1993b); la respuesta de la historiografía española en muchas ocasiones, aunque los horizontes se han ido abriendo últimamente, ha sido una profunda especialización en la historia de la muerte y en sus derivados, como los aspectos de ésta tocantes a la religiosidad popular (*Cfr.* Azpeitia, 2008: 113-132; Barros, 1993b) o de una forma algo más secundaria la fiesta y sus aspectos derivados, como en el caso anterior apuntando en la misma dirección⁵, todo ello tratado con un fuerte elemento local (entendiéndose como estudios a nivel de municipio, provincia o unidad territorial relativamente pequeña), con un panorama que carece de obras de conjunto o de un marco teórico e interpretativo unitario, debido a la falta de acuerdo a la hora de que la comunidad investigadora acerque posturas sobre el método, el marco interpretativo y especialmente la presentación de resultados y la formulación de hipótesis en base a un modelo de lo que es “cultura” bien definido, lo que necesariamente ha de hacerse consultando a los antropólogos como hacen al otro lado de los Pirineos⁶.

⁵ Nótese que hablamos de la época moderna en estas afirmaciones.

⁶ A modo de ejemplo, puede verse la larga tradición de la “antropología histórica” en lo investigador y explicativo. *Cfr.* Burguière, 2005: 42-49.

Frente a esto, queremos proponer aquí un modelo algo diferente, que unifique posturas en el estudio de la cultura por parte de los historiadores; las cuestiones fundamentales a las que hemos de atender son tres: en primer lugar, el utillaje interdisciplinar que vamos a usar para investigar, plantear hipótesis y plasmar resultados; esto es, para *analizar, sugerir y concluir*. La primera opción, ineludible, es la antropología. Los propios practicantes de esta disciplina afirman sin tapujos que la ciencia social que más ha utilizado la historia es precisamente la antropología (Augé y Collein, 2005: 81); sin embargo, los detalles de esta aproximación han de definirse mejor de lo que están definidos ahora en la producción historiográfica hispana. Por poner un ejemplo ilustrativo, resulta sorprendente que en un área de estudio tan puramente *antropológica* (entendiendo el significado de este término en su sentido más puro, el estudio de los aspectos biológicos y sociales⁷) como la historia de la propaganda, tan en auge en determinados momentos de la modernidad española como puede ser la Guerra de Sucesión⁸ (y en general tan abundante en la época moderna en manifestaciones muy diversas) haya sido abordado desde un punto de vista que tiende al análisis formal, a la enumeración de tipologías y un análisis de las proyecciones dentro de un sistema cultural de estas visiones del otro

⁷ Diccionario de la RAE, versión online: http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=antropolog%C3%ADa

⁸ Los estudios en este aspecto que tratan el conflicto sucesorio son interminables, pero en general comparten dos características: un carácter fuertemente local, con estudios muy concretos para zonas geográficas acotadas y una tendencia a la enumeración tipológica, con un limitado papel del estudio la imagen del otro que naturalmente conforma las manifestaciones propagandísticas, aunque tenemos casos aislados brillantes como el estudio de Gilard (2005: 310-331) sobre los pliegos de cordel y las figuras literarias asociadas a ellos como medio para incidir en lo mental. Cfr. Pizarroso, 1999: 145-171; Sanz, 1990: 183-194. Como obra de conjunto sólo contamos con el estudio publicado por el CSIC hace más de cuarenta años (Pérez, 1966). Sobre la propaganda y sus implicaciones culturales en momentos diferentes de la modernidad, resulta excelente el estudio de Bouzas (1998) sobre el reinado de Felipe II.

intencionadamente desplegadas por el comunicador. Sin embargo, si aspiramos a la totalidad, a un análisis completo del sistema relacional que se da dentro de un conjunto social, la cuestión se vuelve fundamental en tanto la dialéctica de la sociedad, de un conjunto dividido en grupos (la visión del otro, del rival en el caso del problema sucesorio pero perfectamente extrapolable a otra realidad en otro momento concreto) ha de ser uno de los motores de ésta, y por ende de la cultura, y éstas apreciaciones se basan en las influencias en lo mental.

¿Cómo debería, por tanto de plantearse este esquema?; y en todo caso, una vez establecido el marco en que moverse, ¿en qué deben basarse las cuestiones hermenéuticas y epistemológicas necesarias para el análisis histórico?. Si asumimos la definición de cultura planteada más arriba, nos encontramos ante una totalidad indivisible, en la que no se puede estudiar uno de sus elementos sin conocer e integrar en el discurso el resto; proponemos una forma concreta de aproximación, que combine el método histórico y antropológico: en primer lugar, es necesario un riguroso trabajo con las fuentes históricas, sean cuales sean sus formas, en un método de trabajo acorde con los estándares de la investigación histórica (Alía, 2008: 44-46), con las necesarias delimitaciones temáticas y de hipótesis; éstas prospecciones han de ser plasmadas según un modelo antropológico por estar hablando de asuntos eminentemente culturales, como he señalado más arriba. La aproximación, en este sentido, puede hacerse desde dos ópticas: en primer lugar, podemos optar por una aproximación *emic* (Harris, 2005: 28), que aplicado al análisis histórico según lo que hemos teorizado sería la exposición literal de caracteres culturales y mentales de un grupo humano en un

momento determinado⁹, o una de sus manifestaciones o subsistemas en un espacio geográfico y temporal delimitado con anterioridad. Es la dimensión *mental* de las sociedades (Harris, 2005: 33). Por otra parte, tenemos la aproximación *ethic* (Harris, 2005: 29), que plantea la teorización sobre diferencias y semejanzas culturales¹⁰. En el ámbito de la investigación histórica, es factible asumir este modo de estudio en un doble sentido: en primer lugar, planteando, dentro del estudio de una misma sociedad, un enfoque más abierto y comparativo, una forma de aproximación y estudio al conjunto del sistema, incluyendo las relaciones entre subsistemas culturales y sus expresiones materiales; si hablamos de culturas diferentes, la cuestión se torna más complicada en tanto debemos respetar por una parte la necesaria acomodación temporal para no caer en los errores expuestos más arriba y por otra debemos tener en cuenta siempre el entorno social como expresión del conjunto del sistema, para poder movernos de una forma más segura dentro de la complejidad del relativismo cultural, siendo recomendable realizar una prospección bibliográfica previa sobre las características comunes de la cultura humana y la

⁹ En teoría antropológica, la aproximación *emic* intenta realizar una transposición mental entre la cultura estudiada y el investigador, de manera que éste pueda adquirir los modos de pensar y razonar de un miembro de la cultura estudiada. En una aplicación a los métodos de estudio de la historia, una investigación de temática y espectro geográfico y temporal muy acotado (incluso microhistórico) puede abordarse desde esta perspectiva mediante el estudio documental profundo y la exposición de todas las variables de un modo exhaustivo, excluyendo métodos comparativos o referenciales de otros subsistemas culturales. Es decir, mediante la pura exposición de datos (Cfr. Harris, 2005: 30).

¹⁰ A modo ilustrativo y para recalcar esta afirmación, debemos considerar algún ejemplo: uno de metodología *emic* podría consistir en la exposición de las pautas de alimentación de un monasterio del seiscientos de un modo concreto: sólo ese monasterio y sólo las cuestiones relativas a las pautas de alimentación, ciñéndonos a la documentación disponible y tratando la información de un modo descriptivo, leyendo los documentos de forma que nos permita penetrar en la mentalidad de la población monástica. En el modo *ethic* debemos plantear un enfoque comparativo con otros monasterios similares de otros lugares geográficos en el mismo espacio temporal, estudiarlos todos de la misma forma y estudiar el sistema global en el que insertan. Las conclusiones serán de este modo, comparativas en lo mental, lo material y lo social, sin caer en la interpretación desde el presente al haber establecido un marco temporal sólido y un método de estudio propio de la historia en la recogida de datos.

mentalidad humana que exceden a culturas concretas y que numerosos antropólogos defienden (Spiro, 1986: 269 y ss.). Es la dimensión *conductual* de las sociedades (Harris, 2005: 35).

A partir de este modelo, podemos definir e interrelacionar las categorías de influencia de un sistema social a partir de los elementos que influyen en sus mentalidades colectivas; de este modo, consideraremos cuatro agentes de influencia son la política, la economía, la religión y el sistema heredado. Esta influencia se lleva a cabo mediante una serie de mecanismos que se pueden cuantificar en base a su incidencia en lo colectivo.

Para el caso de la política, ésta influye en las estructuras de poder, las relaciones entre individuos de distinta categoría en el subsistema político, ciertas normas sociales como las saluciones o los honores que se dispensan a los individuos, etc. En todo caso, los mecanismos de transmisión están bien definidos: el fundamental lo constituye la propaganda, como medio de comunicación de masas, intencional y orientada intrínsecamente a la modificación (o quizá sea más correcto decir “acomodación”) de ideas en aras de unos intereses y unos grupos predefinidos, y por estas características tiene una condición social y cultural sin las cuales el propio hecho comunicativo que encierra no tiene sentido (Cfr. Pizarroso, 1990: 147; Román, 2000: 120-121). Del mismo modo, tenemos el subsistema de la cultura de élites, implicada con el poder político a cambio de una transmisión de ventajas de uno a otro, que colabora en la comunicación de esos mensajes mediante medios similares.

El caso económico no tiene unos agentes tan definidos, ya que el subsistema económico es global pero no afecta del mismo modo a todos los

individuos por beneficiar a unos y perjudicar a otros. No obstante, podemos aislar algunos, como lo relativo a la alimentación y la subsistencia y los relativos al trabajo y al ocio y el tiempo libre como evasión del mismo; esta relación con el mundo del trabajo y la alimentación provoca además que una de las expresiones más notables de los sistemas económicos sea la cultura material, o al menos buena parte de ella.

La religión, como elemento ordenador de la sociedad, influye con mucho peso en las mentalidades colectivas, a través de agentes muy específicos: la religiosidad popular es un claro producto de la influencia del factor religioso en lo colectivo, además de otros aspectos clásicamente estudiados por la historia de la cultura como ciertas formas de fiesta (aquellas cuya celebración está vinculada a hechos con agentes religiosos), el amor (en relación con las formas de matrimonio y de familia recomendadas o aprobadas, incluyendo la sexualidad), la muerte (formas de entierro aptas y no aptas según la doctrina religiosa de la que hablemos, ritual asociado a las exequias, heredades y formas de transmisión de la propiedad en base a creencias religiosas, etc.)

Por último, tenemos el sistema heredado; el concepto puede ser algo complejo, pero si pensamos en lo comentado más arriba sobre la endoculturación podemos trazar un mecanismo (Harris, 2005: 33) por el cual el sistema anterior ha dejado estructuras durables en las mentalidades colectivas, que siguen subyaciendo tras las actuales del momento que analicemos; esta permanencia cultural es rastreable, en ocasiones de forma más clara y en ocasiones de formas más complejas, pero se debe tener siempre en cuenta que la construcción actual tiene una base en lo anterior. Nos hemos referido antes a la necesidad de su

estudio en base a estrategias de investigación comparativas, por lo que sólo podemos recalcarlo una vez más. En este mismo sentido, la historia clásica de las mentalidades de escuela francesa, personificada en este caso en Duby, establecía de un modo similar y en convención con la teoría de las tres duraciones históricas de Braudel un esquema teórico de tres duraciones mentales, como exponemos arriba.

Una segunda cuestión a considerar, inevitablemente, es la referida a las fuentes. En la praxis de la historia cultural cabe situar una inmensa variedad de fuentes ajenas al archivo, de las cuales algunas sirven más a nuestro propósito que otras. En líneas generales, hablamos de fuentes literarias, las relativas a las imágenes de cualquier tipo (grabados, dibujos, etc.) y las musicales, novedoso campo en lo hermenéutico que está dando unos excelentes resultados científicos. Creo necesario hacer, no obstante, unas puntualizaciones sobre su tipología, su utilización y la manera en la que estas fuentes se integran o se pueden integrar en el discurso de la investigación histórica mediante un uso adecuado, que necesariamente ha de huir de determinados vicios y malos usos que analizaremos.

Comenzando por la literatura, es necesario establecer en primer lugar un marco teórico básico, que en líneas generales la nueva historia cultural ha puesto de relieve con sus profundas renovaciones historiográficas. En este sentido, el hecho de poner sobre la mesa cuestiones fundamentales de tema y método ha abierto las puertas a la utilización de fuentes poco convencionales, aspecto historiográfico que dadas las características de esos nuevos testimonios, han venido necesariamente y de forma fundamental de la mano de la colaboración

entre disciplinas. Superando el diálogo ya existente con el resto de ciencias sociales, especialmente en lo que toca a la antropología, pero sin renunciar a él, éste se amplió en dos direcciones fundamentales: los estudios y la crítica literaria por una parte, y la interpretación activa y participante de la imagen y los testimonios sonoros por otro. Sobre el primero, decir que el diálogo entre historia y literatura parece hoy tener dos vertientes, una que denominamos extrínseca y otra que denominamos intrínseca, aunque no son necesariamente excluyentes, sino que ambas se integran necesariamente en el discurso histórico. El primer aspecto que definimos hace referencia a los caracteres históricos en lo literario, mientras que el segundo denomina a lo literario en la historia. Del mismo modo, incluso las fuentes de archivo plantean problemas que se pueden denominar literarios. Como bien afirma Carmen Iglesias en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua (2001), lo “narrativo” en la Historia (la construcción) es un viejo debate historiográfico que está íntimamente relacionado con dos cuestiones fundamentales: en primer lugar, tenemos el problema de las fuentes. Los documentos, fuente fundamental de la Historia, son (al menos en muchos casos) intrínsecamente narrativos, ya que el propio acto de escribir lleva implícito a menudo el de narrar, especialmente al redactar páginas que versan sobre sucesos. El propio concepto de narración es inherente al ser humano, ya que gran parte de nuestra comunicación, de modo estricto, lleva un elemento narrativo, aunque en este aspecto juega un papel fundamental el *feedback* del receptor, ya que en ocasiones es él el que convierte lo leído en narración, al someterlo a los mecanismos de comprensión humanos. Por otra parte, en los últimos tiempos y gracias fundamentalmente al impulso de la historia cultural y de las

mentalidades, los historiadores hemos empezado a utilizar fuentes estrictamente literarias en nuestras investigaciones. Esto acentúa, por lo señalado más arriba, su carácter narrativo, y presentan un obvio problema de método al deber considerarse unos límites en su uso, barrera que de forma clara y concisa podemos definir como “la realidad”, aunque un desarrollo de este concepto muestra su complejidad, ya que según la corriente posmoderna, las propias fuentes históricas le vienen al historiador “construidas” por su autor, constituyendo ya una visión parcial del pasado. Debates similares planteaba ya Carr en los años sesenta (Carr, 2003: 100 y ss.), aunque desde hace unos años las cuestiones planteadas en aquellas reflexiones se asumen como inevitables, como bien se puede desprender del discurso de Iglesias.

De este modo, la aproximación entre la historia y la crítica literaria ha tomado forma en una variedad de estudios, quizá de una manera fundamental en lo cultural pero su florecimiento ha propiciado exquisitas aportaciones en campos como el pensamiento político (Feros, 1993:103-131) o el tan poco transitado campo historiográfico, al menos en España, de la historia de la ciencia (Pimentel, 2004: 7-23). De este modo, la crítica literaria aplicada abre puertas a la visión histórica representada que en muchas ocasiones ésta contiene. El método crítico guarda unas formas bien establecidas por la teoría de la literatura (*Cfr.* Ceserani, 2004: 51- 85).

En lo que respecta al uso de imágenes como documento histórico éstas son cada vez más empleadas por los investigadores en sus pesquisas; asimilado esto como cierto, no asombra en absoluto la disparidad de temas en las que se usan dadas sus posibilidades. En las clásicas lecturas metodológicas (Burke 2001;

Gaskell 2001: 221-255) se previene y alerta sobre los malos usos que se pueden dar a las imágenes en el contexto de una investigación histórica, aunque afortunadamente también se ilustra sobre los buenos. Semejantes disparidades en lo metodológico suelen cambiar según el campo historiográfico del que hablemos. No obstante, ciertos criterios de exclusión son comunes, y parece cierta la necesidad de tenerlos siempre presentes. Un ejemplo muy claro es el ejemplo expuesto por Burke (2001: 37 y ss.) sobre la cuestión de lo figurativo y el retrato como “espejo” de la realidad de un determinado momento histórico. Deja claro el inglés que estas manifestaciones no componen un espejo del pasado perfecto, y que hay una serie de factores inherentes al proceso mental de elaboración de un cuadro de paisaje costumbrista o un retrato (especialmente en este segundo caso) que han de ser tenidos en cuenta de forma fundamental por los historiadores. En primer lugar, el propio proceso no suele ser perfecto, entendiendo como la perfección la transmisión de la mente del autor, a través de la observación o el modelo, al soporte de la imagen; los factores de influencia en el ejecutor son numerosos y algunos puede que difícilmente clasificable y cuantificables más allá de lo obvio. Sin duda, cuestiones como la intencionalidad del autor, sus relaciones de dependencia con su patrono, mecenas o las exigencias en lo representativo del cliente son factores de primer orden, pero en ciertas temáticas investigadoras, sobremanera las cuestiones de cultura y mentalidades, estos defectos de la imagen pueden convertirse en virtudes con un análisis brillante. Del mismo modo, Gaskell define una serie de categorías fundamentales, de preguntas básicas que un historiador debe plantearle a una imagen utilizada como fuente (2005: 227-254): autoría, canonicidad, interpretación e historia. Estas

preguntas son acumulativas, por lo que a la hora de plantear la siguiente la anterior debería estar resuelta. No obstante, eso no es siempre posible en tanto la tercera cuestión, la interpretativa, plantea continuos debates acerca de los contenidos de una imagen y el doble proceso de transmisión autor-soporte y obra-receptor; desde luego, las dos cuestiones anteriores nos permiten plantearnos ciertas teorías y elaborar aspectos interpretativos fundamentales, en tanto vienen a ser la cristalización técnica y mental de un autor y de un gusto, un canon cuyo estudio es fundamental a la hora de abordar una imagen (Gaskell, 2005: 241). Por tanto, las cuestiones interpretativas tienen una primera cuestión fundamental en lo estudiado antes de abordarlas. En segundo lugar, debemos considerar la cuestión brillantemente expuesta por Burke (2001: 44) sobre la lectura frente a la observación, la iconografía, el tema y sus vehículos de representación intelectual frente a lo técnico; esta cuestión hoy en día se da por hecha, aunque en algunos casos no parece haberse alcanzado un acuerdo estable. En este sentido, parece conveniente mezclar la visión del “gusto” y sus implicaciones historiográficas a la hora de aproximarse a un tema de investigación, que intrínsecamente parece tener un carácter más técnico, de primar el análisis de ciertas formas (que al fin y al cabo son proyecciones de una mentalidad, no lo olvidemos) y un cierto valor estético, frente al análisis iconográfico, de un carácter fundamentalmente explicativo y fundamentado en buena parte en la “lectura entre líneas”. Sin embargo, Burke plantea un nivel más, el denominado iconológico, que persigue la forma en que las imágenes muestran los principios y los valores fundamentales de una determinada época, una clase

social, una creencia religiosa y en definitiva otras mentalidades (*Cfr.* Burke, 2001: 45).

Cabe reflexionar también sobre la necesidad apuntada por Gaskell de separar arte e imagen, en tanto y pese a todo lo dicho la propia noción de arte resulta algo limitada a la hora de hablar de determinadas producciones visuales. Especialmente se pone de relieve esta cuestión al hablar de lo cotidiano en el sentido más puro del término. Los artistas modernos han dedicado buena parte de su producción a lo cotidiano (un buen ejemplo podría ser Vermeer o la pintura flamenca de Van Eyck) y aunque caben multiplicidad de lecturas, y la separación ha de ser efectiva en la teoría aunque la praxis en muchísimas ocasiones se mueva entre ambos terrenos, tomando prestado vocabulario y apreciaciones de los historiadores del arte como parte del inevitable diálogo de la historia con el resto de disciplinas humanísticas y ciencias sociales (*Cfr.* Gaskell, 2005: 223 y ss.). Lógicamente, la propia distinción entre lo artístico y lo “otro” (referido a lo estrictamente visual) que realiza este autor es intrínsecamente susceptible, como el propio historiador reconoce, de un profundo y sensible debate. No obstante, lo fundamental que debemos considerar sobre este punto es la cuestión de la delgada línea que separa lo artístico de lo meramente visual en cuanto a cuestiones epistemológicas. He señalado más arriba como en numerosas ocasiones la práctica investigadora no establece separaciones tan claras sobre este delicado tema, y efectivamente parece ser una cuestión exclusivamente teórica y de un debate historiográfico muy vivo, ya que las necesidades arriba señaladas (especialmente la imperiosa cuestión interpretativa e inherentemente mental de lo visual) invita a una necesaria interdisciplinariedad.

Finalmente, hablemos sobre el uso de la música como fuente histórica. La cuestión es compleja, ya que los testimonios sonoros existen en abundancia y dentro de unos usos y costumbres concretos en lo que respecta a la Edad Moderna. Tenemos música sacra, ópera (a partir del Barroco), y en definitiva una enorme variedad de géneros que a su vez implican una gran variedad de usos. Esto, al igual que sucede con la imagen, implica una serie de comportamientos y asignaciones espaciales y temporales que se pueden estudiar desde la historia para un mayor conocimiento de los siglos modernos; Como en el caso de lo visual, lo sonoro también guarda sus propias formas, tiene sus propios espacios de desarrollo y especialmente tuvo utilidades que respondían a intereses, al igual que las imágenes; en todo caso, el trabajo sobre la música es algo reciente en la historiografía moderna, aunque ha dado unos resultados muy notables. Dentro de éstos, es especialmente valioso el estudio espacial, lo que se ha venido a llamar la “geografía musical” de las ciudades modernas, especialmente en lo que toca a la cultura popular, y su expresión a través de la música en la calle o en espacios públicos en contraposición al espacio privado de la música de cámara y otras variantes más relativas a una alta cultura (Billiet, 2008: 25-44; Goycoolea, 2007: 13-38). Los aspectos formales y los valores artísticos son territorio de la musicología, por lo que es siempre recomendable que ésta disciplina y la historia guarden un fluido diálogo a la hora de realizar estudios de carácter multidisciplinar, una de las condiciones básicas a la hora de plantear investigaciones en el campo de lo cultural. Sobre la música empleada en la devoción, en líneas generales afirmo que las reglas que rigen el tratamiento de lo visual valen para lo sonoro. A modo de ejemplo, al igual que una de las

principales funciones de las imágenes en relación con lo devoto es acercar al fiel a la doctrina de un modo, llámese dirigido, acorde con ésta, la música y lo sonoro sirven a un propósito semejante, como atestigua la espiritualidad y la placidez de la música sacra. No obstante, el estudio de lo sonoro ha de formar parte de un todo, y en numerosas ocasiones será la conjunción del estudio de lo documental, lo literario, lo visual y lo sonoro lo que nos dará una idea completa, siempre acompañado de sus respectivos contextos.

Finalmente, el tercer eje de esta reflexión ha de centrarse en un tema apuntado por los otros dos aspectos tratados con anterioridad: la propia noción de hecho histórico. Su concepto y su aparente crisis debida a los cada vez mayores debates historiográficos suscitados a través de la incorporación de nuevos puntos de vista y nuevas definiciones y usos de fuentes históricas recientemente incorporadas al espectro del análisis histórico. Ya en los años 60, de nuevo Carr¹¹ se hacía preguntas similares acerca del concepto y la validez intrínseca de los denominados “hechos históricos”, apuntando brillantemente las líneas maestras de un debate cuya trascendencia es esencial para el conjunto de la disciplina: ¿Cómo llega un hecho a recibir la calificación de “histórico”? ¿Quién o quienes hacen esa distinción ante la inconmensurable magnitud de los hechos del pasado que se pueden reunir visitando, por poner un ejemplo cercano, cualquier archivo local en una ciudad cualquiera de España?. Durante mucho tiempo, esta cuestión y su correspondiente debate en la comunidad de historiadores ha estado sujeto a continuas aportaciones que de una manera u otra han venido a ampliar la noción de hecho histórico tal y como se consideraba. El

¹¹Carr, Edward (2003): ¿Qué es la Historia?. Ariel, Barcelona. La obra original es del año 1961, utilizamos aquí una reimpresión del año que figura en la referencia.

propio Carr ya lo había aseverado, y los historiadores reunidos en torno a la revista *Annales* lo habían planteado antes: en lo que respecta al documento, éste nos “habla” o nos transmite información sobre el pasado desde las preguntas que el historiador le plantea y que luego recoge en sus conclusiones de análisis; de este modo, el acercamiento al pasado deja irrenunciablemente de seguir una metodología aséptica y plácidamente “externa” a la que aspiraban los viejos positivistas, empeñados en poner información encima de la mesa sin hacer (o al menos, sin pretenderlo) ninguna aseveración más que la mera transmisión de información, método que se ha demostrado cada vez más superado desde principios del siglo XX. Por otra parte, estos mismos positivistas centraron su atención y acabaron transmitiendo que sólo los hechos probados documentalmente y realizados por individuos de una cierta magnitud o por los Estados tenían valor histórico, paradigma también superado.

En este sentido y siguiendo a Gil (2009: 64-86), son tres frentes historiográficos los que pueden ilustrar con ejemplos esta superación de la antigua noción de hecho histórico: la microhistoria, que excava en los márgenes del pasado, sacando a la luz con métodos tradicionales de investigación¹² sucesos que hasta el momento hubieran sido impensables de merecer atención investigadora por parte de la Historia. Pese a sus críticos, dudo que se pueda negar su valor. En el momento de la aparición de las primeras investigaciones microhistóricas, en la década de los 70, la historia socioeconómica cuantitativista de *Annales* ya mostraba signos de agotamiento, y se ha venido criticando (de

¹² Pese a lo novedoso de su planteamiento, la microhistoria tiene una fuerte base documental. Simplemente se trata del método histórico “clásico” aplicado a individuos, grupos o sucesos que tradicionalmente serían ignorados por la tradición investigadora clásica.

forma acertada, en mi opinión) una progresiva rigidez documental y metodológica que parecía haber hecho caer a la Escuela en muchos de los errores que ella misma había achacado a los positivistas. Una segunda corriente, denominada el “giro lingüístico”, cuestionó profundamente las relaciones entre los documentos y los hechos, aplicando el método estructuralista de la filosofía del lenguaje¹³; en un momento en el que la crisis de *Annales* ponía en tela de juicio el mismo concepto de “hecho”, el giro lingüístico vino a poner en debate la noción misma de “documento”. Fue otra consecuencia de la debacle cuantitativista, y de este modo se volvió a colocar la cultura y las mentalidades en su lugar, tras haber sido mediatizadas en exceso por la escuela de *Annales* durante varias décadas. Por último tenemos el posmodernismo, en el que coincido con sus críticos en dar un mero valor como elemento que incitó a la reflexión ante su aparente negación de la Historia como elemento epistemológicamente autónomo, reduciéndola meramente a la narración.

Lo cierto es que es innegable que la tradición decimonónica de establecimiento de los “hechos históricos” no es aplicable desde hace más de sesenta años, debido al avance inexorable de nuestra disciplina y la extensa producción y debate que los cimientos clásicos de ésta han suscitado entre los propios historiadores; del mismo modo, las fuentes han sufrido una similar revolución, no sólo con las tres corrientes mencionadas por Gil, sino por el cada vez mayor eclecticismo que los investigadores muestran en su producción. Como hemos visto, *Annales* había proclamado el fin de la sumisión al documento, pero

¹³ Nótese que el estructuralismo es la base de la escuela de la filosofía del lenguaje, aunque en la práctica hubo muchos grados de libertad en su aplicación.

años más tarde habían caído en los mismos errores¹⁴; hoy en día, corrientes como la Historia de las Mentalidades utilizan quizá más variedad de fuentes que nunca, pese a los problemas o críticas que puedan suscitar entre investigadores de otras escuelas.

Como conclusiones, apuntaremos unas reflexiones en torno a estas cuestiones, todas ellas fundamentales en la medida que orbitan entre la historia, la antropología la praxis de la crítica literaria y el debate historiográfico más puro. En primer lugar, debemos considerar el modelo relacional aquí propuesto, necesario de aportaciones, debates y matizaciones, imprescindibles en cualquier caso. Más que pretender realizar un modelo rígido se pretende aquí establecer unas bases generales para mirar a la hora de insertar un estudio concreto sobre un fenómeno (*producto*, como me he referido con anterioridad; *aspecto*, si se prefiere) cultural, entendiéndolo en todo caso en una triple vía: en primer lugar, como algo de un carácter fundamentalmente antropológico propio del estudio de la historia, esto es, susceptible de análisis mediante los métodos y técnicas de análisis histórico aplicados al estudio del hombre, que en todo caso viene a ser el objeto último de nuestra disciplina; en segundo lugar, una aproximación interpretativa, en la que prime la resolución de problemas. Y por último, una visión que se integre en un sistema interpretativo global, que se acerque lo más posible a una totalidad entendida no como negación de la validez de datos políticos, económicos o religiosos *per se*, sino que busque una perspectiva que

¹⁴ No obstante, es imperativo hacer constar que sus métodos y campos de estudio habían revolucionado la manera de escribir Historia, al igual que la revisión de sus postulados marcó un nuevo punto de inflexión.

funda a éstos con la visión cultural, o al menos que atienda a la *dimensión* cultural de los factores mencionados.

Sobre la cuestión de las fuentes poco más hay que añadir. La evolución historiográfica las ha ido incorporando al corpus de recursos del historiador de una forma cada vez más acelerada, y este hecho constituye en líneas generales y dejando al margen los consabidos y necesarios debates historiográficos, algo positivo. Y en todo caso, sí pretendemos plantear una reflexión en el sentido de demandar la necesidad de un enfoque para el estudio de la cultura y las mentalidades que tenga un carácter integrador con todos los aspectos de la realidad humana, pasada y presente. La complejidad en las relaciones puede tomar una dimensión diferente según el momento, pero al nivel de estudio histórico éstas deben ser puestas de relieve, analizadas y tenidas en cuenta por el investigador de un modo global.

Bibliografía citada:

Augé, Marc y Colleyn, Jean-Paul (2005): *¿Qué es la antropología?* Paidós. Barcelona.

Azpeitia Martín, María: "Historiografía de la *historia de la muerte*". *Studia histórica. Historia medieval*, 26, 2008. pp. 113-132.

Barros, Carlos: "Historia a Debate, un paradigma global para la escritura de la historia". *Tiempo y Sociedad*, 2, 2010. pp. 9-57.

Barros, Carlos: "Historia de las Mentalidades, Historia Social". *Historia Contemporánea*, 9, 1993, pp. 111-139. Edición digital en http://h-debate.com/cbarros/spanish/hm_historia_social.htm. Fecha de consulta: 26/3/2010.

Barros, Carlos: "Historia de las mentalidades: posibilidades actuales". En VV.AA (1993): *Problemas actuales de la Historia. Terceras jornadas de estudios históricos*. Ediciones Salamanca Universidad, Salamanca. pp. 49-67. Edición digital en http://h-debate.com/cbarros/spanish/hm_posibilidades.htm. Fecha de consulta: 26/3/2010.

Billiet, Frédéric: "Pouvoir et culture sonore dans les rues d'Amiens au XVIe siècle" en Gauthier, Laure y Traversier, Melanie (dirs.) (2008): *Mélodies urbaines: la musique dans les villes d'Europe (XVIe-XIXe siècles)*. Sorbona. París.

Bouza, Fernando (1998): *Imagen y propaganda. Capítulos de historia cultural del reinado de Felipe II*. Akal, Madrid.

Burguière, André: "Antropología histórica" en Burguière, André (2005): *Diccionario Akal de Ciencias Históricas*. Akal, Madrid, pp. 42-49.

Burke, Peter (2001): *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*. Crítica. Barcelona.

Carr, Edward (2003): *¿Qué es la Historia?*. Akal, Madrid.

Ceserani, Remo (2004): *Introducción a los estudios literarios*. Crítica. Madrid.

Chartier, Roger (1992): *El mundo como representación. Historia cultural: entre la práctica y la representación*. Gedisa. Barcelona.

Chartier, Roger (2005): *El presente del pasado: escritura de la historia, historia de lo escrito*. Universidad Iberoamericana. México D.F.

Feros, Antonio: "Vicedioses pero humanos. El drama del rey". *Cuadernos de historia moderna*, 14, 1993. pp. 103-131.

Gaskell, Ivan: "Historia visual" en Burke, Peter (2009): *Formas de hacer historia*. Alianza ensayo, Madrid. pp. 221-255.

Gil Pujol, Javier (2009): "Sobre la noción actual de hecho histórico: entre la contingencia y la construcción". *Revista de Occidente*, 332, 2009, pp. 64-86.

Gilard, Céline: "Héroes y guapos: la Guerra de Sucesión en los pliegos de cordel". *Revista de literaturas populares*, V-2, 2005. pp. 310-331.

Goycoolea Prado, Roberto: "Papel y significación urbana de los espacios para la música en la ciudad occidental". *Política y sociedad*, 44-3, 2007. pp. 13-38.

Harris, Marvin (2005): *Antropología cultural*. Alianza. Madrid.

Hernández Sandoica, Elena (2004): *Tendencias historiográficas actuales: Escribir historia hoy*. Akal. Madrid.

Iglesias, Carmen (2001): *De historia y literatura como elementos de ficción*. Discurso de ingreso en la RAE. Consulta en www.rae.es .

León Sanz, Virginia: "La dimensión civil de la Guerra de Sucesión en la historiografía actual". *Cuadernos de Historia Moderna*, 10, 1990. pp. 183-194.

Martínez Shaw, Carlos (2002): “Historia de la cultura y de las mentalidades” en Casado Quintanilla, Blas (coord.): *Tendencias historiográficas actuales*. UNED. Madrid. pp. 267-283.

Moradiellos, Enrique (2004): *El oficio de historiador*. Siglo XXI. Madrid.

Pérez Picazo, M^a Teresa (1966): *La publicística durante la Guerra de Sucesión*. 2 vols. CSIC. Madrid.

Pimentel, Juan: “Cuadros y escrituras de la naturaleza”. *Asclepio*, 16-2, 2004. pp. 7-23.

Revel, Jacques: “Mentalidades” en Burguière, André (2005): *Diccionario Akal de Ciencias Históricas*. Akal, Madrid, pp. 470-477.

Ríos Soloma, Martín: “De la historia de las mentalidades a la historia cultural: notas sobre el desarrollo de la historiografía en la segunda mitad del siglo XX”. *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, 37, 2009. pp. 97-137.

Spiro, Melford: “Cultural relativism and the future of anthropology”. *Cultural anthropology*, 3, 1986. pp. 259-286.